

Jesmyn Ward

## Quedan los huesos

Traducción del inglés de  
Celia Montolío

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A mi hermano Joshua Adam Dedeaux,  
que guía mis pasos.*

Ved ahora que yo, solo yo soy,  
y que no hay otro Dios junto a mí.  
Yo doy la muerte y doy la vida,  
hiero yo, y sano yo mismo  
(y no hay quien libre de mi mano).

Deuteronomio 32:39

Porque yo, tan mínima, sé tantas cosas,  
y mi cuerpo es un ojo sin fin  
con el que para mi desventura veo todo.

Gloria Fuertes, «Ahora»

Tumbados boca arriba, mirando las estrellas,  
hablando de lo que queremos ser de mayores,  
dije ¿tú qué quieres? Ella dijo: «Estar viva».

Outkast, «Da Art of Storytelling' (Part I)», *Aquemini*

## Día primero: Nacer bajo una bombilla desnuda

*China* arremete contra sí misma. Si no supiera lo que pasa, pensaría que intenta comerse las patas. Pensaría que está loca. Y lo está, en cierto modo. Solo se deja tocar por Skeet. Cuando era una cabezona cachorra de pitbull, robaba todos los zapatos que había por casa, aquellas deportivas negras que nos compraba mamá porque disimulan la suciedad y resisten hasta que se quedan raídas de tanto uso. Las sandalias olvidadas de mamá, con sus tacones gastados y teñidas de rosa por el barro rojo que rezumaban, eran las únicas distintas. *China* los escondía todos debajo de los muebles, detrás del váter, hacía montones y se echaba a dormir encima. Cuando la perra ya tuvo edad para correr y bajar brincando por los escalones sin ayuda, sacaba los zapatos y los metía debajo de la casa en zanjas poco profundas. Se ponía tiesa como un pino cuando se los intentábamos quitar. Ahora *China* está dando de la misma manera en que antes quitaba, obsequiando donde antes robaba. Está pariendo cachorros.

Lo que hace *China* no se parece nada a lo que hizo mamá cuando tuvo al menor de mis hermanos, Junior. Mamá dio a luz en la casa en la que nos tuvo a todos, aquí, en este hueco del bosque que su padre despejó y en el que edificó, y que ahora llamamos el Hoyo. Yo, la única chica y, a mis ocho años, la menor, no pude ayudar, aunque papá nos contó que ella le dijo que no necesitaba ayuda. Papá nos contó que Randall, Skeetah y yo llegamos deprisa, que mamá nos tuvo a todos en su cama, bajo la ardiente bombilla desnuda, así que cuando le llegó el momento a Junior pensó que podría hacer lo mismo. No fue así. Mamá se

puso en cuclillas, chilló casi al final. Junior salió morado y azul como una hortensia: la última flor de mamá. Y así fue como tocó a Junior cuando papá se lo puso encima: suavemente, con las yemas de los dedos, como si temiese sacudirle el polen y malograr la floración. Dijo que no quería ir al hospital. Papá la llevó a rastras desde la cama hasta su camioneta, dejando a su paso un reguero de sangre, y jamás la volvimos a ver.

Lo que hace *China* es pelear, que es para lo que nació. Pelear contra nuestros zapatos, contra otros perros, contra estos cachorros que se estiran para llegar al exterior, ciegos y mojados. *China* suda y los chicos resplandecen, y a través de la ventana del cobertizo veo a papá, que tiene el rostro brillante como el destello de un pez en el agua cuando pega el sol. Hay silencio. Pesadez. Es como si debiera estar lloviendo, pero no llueve. No hay estrellas, y las desnudas bombillas del Hoyo arden.

—Apártate de la entrada. La estás poniendo nerviosa. —Skeetah es la viva imagen de papá: oscuro, bajo y delgado. Tiene un cuerpo nudoso, con músculos como cuerdas. Es el segundo, tiene dieciséis años, pero para *China* es el primero. Solo tiene ojos para él.

—Si no nos hace ni caso —dice Randall. Es el mayor, diecisiete años. Más alto que papá, pero igual de oscuro. Tiene los hombros estrechos y unos ojos que parece que quieren saltar de su cabeza. En el instituto le toman por imbécil, pero cuando está en la cancha de baloncesto se mueve como un conejo, todo él veloz elegancia y largas ancas. Cuando papá caza, siempre animo a los conejos.

—Necesita espacio para respirar. —Las manos de Skeetah se deslizan sobre el pelaje de *China*, y se inclina para escuchar su barriga—. Tiene que relajarse.

—Pues de relajada no tiene un pelo. —Randall está a un lado de la entrada abierta, sosteniendo la sábana que Skeetah ha clavado a modo de puerta. Skeetah ha estado durmiendo toda esta semana en el cobertizo, esperando el momento del parto. Yo, cada noche, me he quedado esperando a que apagara la luz, y cuando sabía que estaba dormido he ido al cobertizo por la puerta trasera, me he plantado donde estoy ahora y le he echado un vistazo. Siempre me lo encontraba dormido, su pecho pegado al lomo de *China*. Se enroscaba alrededor de *China* como una uña alrededor de la carne.

–Quiero ver. –Junior está abrazado a las piernas de Randall, asomándose para ver pero sin atreverse a meter nada más que la nariz. Por lo general, *China* pasa del resto de nosotros, y Junior por lo general pasa de ella. Pero tiene siete años, y siente curiosidad. Cuando el chico aquel de Germaine trajo su pitbull macho al Hoyo hace tres meses para cruzarlo con *China*, Junior se puso en cuclillas encima de un bidón de aceite que daba sobre la perrera improvisada, una vieja plataforma de camioneta suelta hincada en la tierra y cubierta con alambra, y miró. Cuando los perros se quedaron acoplados se tapó la cara con los brazos, pero aun así se negó a moverse cuando le grité que se metiera en casa. Se chupaba el brazo y jugaba con el colgajo de piel de su oreja, como hace cuando ve la televisión o justo antes de caer dormido. Una vez le pregunté por qué lo hace, y lo único que me dijo fue que suena como el agua.

Skeetah pasa de Junior porque está volcado con *China* como se vuelca un hombre con una mujer cuando siente que es suya, y *China* lo es. Randall no dice nada, pero extiende la mano sobre la puerta para bloquearle el paso a Junior.

–No, Junior. –Estiro la pierna para completar la valla que le impide acceder a la perra, al amarillo cordón de moco que se va encharcando en el suelo debajo del trasero de *China*.

–Déjale ver –dice papá–. Ya tiene edad para enterarse de estas cosas. –Su voz es una voz en la oscuridad y orbita por el cobertizo. En una mano tiene un martillo, en la otra, un puñado de clavos. *China* le odia. Yo me relajo, pero Randall no se mueve y Junior tampoco. Papá se aleja girando como un cometa en la oscuridad. Se oye el ruido de un martillo que golpea metal.

–Con él se pone tensa –dice Skeetah.

–Quizá deberías ayudarla a empujar –digo. A veces pienso que eso fue lo que mató a mamá. La veo ahí, la barbilla pegada al pecho, esforzándose por expulsar a Junior y Junior enganchado a sus entrañas, agarrándose a todo lo que pillaba para quedarse dentro y sacándolo todo fuera al nacer.

–No necesita ayuda para empujar.

Y así es. Sus costados se estremecen. Gruñe; su boca, una raya negra. Tiene los ojos rojos; el moco empieza a salir rosa. *China* se tensa toda entera y hay un millón de canicas bajo su piel, y de

pronto parece que se está volviendo del revés. En su abertura veo un bulbo purpúreo. *China* está floreciendo.

Si alguno de los colegas de borrachera de papá le hubiese preguntado qué está haciendo esta noche, le habría dicho que se está preparando para el huracán. Es verano, y en verano siempre hay un huracán que llega o se marcha de aquí. Se abren paso por el llano del Golfo hasta llegar a los más de cuarenta kilómetros de la playa artificial del Misisipi, donde chocan contra las viejas mansiones de verano, con sus galeras de esclavos convertidas en casas de huéspedes, antes de cruzar el *bayou*<sup>1</sup> a través de los pinos y perder fuelle, soltar lluvia y morir en el norte. La mayoría ni siquiera nos azota ya de frente; casi todos giran a la derecha hacia Florida o a la izquierda hacia Texas, pasan y nos rozan como la manga de una camisa. No venía uno derecho hacia nosotros hacía años, tiempo suficiente para olvidar cuántas garrafas de agua debemos llenar, cuántas latas de sardinas y carne en conserva tenemos que almacenar, cuántas cubas de agua necesitamos. Pero en la radio que papá tiene puesta a todas horas en la camioneta aparcada, les he oído hablar de esto hoy mismo. Cómo, según los meteorólogos, en el Golfo se acababa de disipar la décima depresión tropical, pero que al parecer se está formando otra alrededor de Puerto Rico.

Así que hoy papá me despertó dando golpes por la pared de fuera del dormitorio que comparto con Junior.

—¡Despertad! Tenemos trabajo.

Junior se dio media vuelta en su cama y se acurrucó contra la pared. Yo me quedé sentada lo suficiente como para que papá creyese que iba a levantarme, y luego volví a acostarme y me adormilé. Cuando me desperté al cabo de dos horas, la radio de papá sonaba en la camioneta. La cama de Junior estaba vacía, su manta, en el suelo.

<sup>1</sup> El término «bayou» designa un cuerpo de agua formado por antiguos brazos y meandros del río Misisipi, y por extensión las zonas por donde discurre. Los bayous son típicos de la costa del Golfo del sur de Estados Unidos; la peculiar geografía física y humana a ellos asociados permite hablar de una «cultura del bayou». (*N. de la T.*)

–Junior, ve a por el resto de las garrafas de aguardiente.

–Debajo de la casa no hay ninguna, papá.

Al otro lado de la ventana, papá arrojó su lata de cerveza contra la panza de la casa. Junior le tiró de los pantalones cortos. Papá hizo otra seña, y Junior se acuclilló y se deslizó por debajo de la casa. Los bajos de la casa no le asustaban como me habían asustado a mí de pequeña. Junior desaparecía durante tardes enteras entre los bloques de hormigón que la sostenían, y solo salía cuando Skeetah amenazaba con mandar a *China* a buscarle. Una vez le pregunté a Junior qué hacía ahí debajo, y lo único que me dijo fue que jugaba. Me lo imaginaba cavando como un perro agujeros donde dormir, tumbándose boca arriba en la arenosa tierra roja y escuchando el trasego de nuestros pies por las tablas del suelo.

Junior tenía un buen brazo, y de los bajos de la casa salían rodando botellas y latas como bolas de billar. Se detenían al chocarse contra la herrumbrosa tina para vacas que papá había rescatado del vertedero en el que desguaza metal. La había traído a casa el año pasado para el cumpleaños de Junior, y le había dicho que la usara de piscina.

–Lanza –dijo Randall. Estaba sentado en una silla debajo de la canasta que él mismo se había hecho, un aro que había robado del parque del condado y que había atornillado al tronco de un pino muerto.

–Hace años que no nos azota ninguno. Por aquí ya no vienen. Cuando yo era pequeño, no paraban. –Era Manny. Me arrimé al borde de la ventana del dormitorio; no quería que me viera. Manny se pasaba un balón de baloncesto de una mano a otra. Al verle se me rompió el caparazón del pecho, y mi corazón se desplegó para levantar el vuelo.

–Hablas igual que un vejestorio, y eso que solo me sacas dos años. A ver si te crees que no me acuerdo de cómo eran –dijo Randall a la vez que cogía el rebote y se lo devolvía a Manny.

–Si nos viene algo este verano, derribará tres o cuatro ramas como mucho. Las noticias no saben lo que dicen. –Manny tenía el pelo moreno y rizado, los ojos negros y los dientes blancos, y la piel del color de la madera de corazón de pino recién cortada–. Cada vez que arrestan a alguien en Bois Sauvage, cuentan mal la historia.



–Eso, los periodistas. Pero el hombre del tiempo es un científico –dijo Randall.

–Una mierda, eso es lo que es.

Desde mi sitio, parecía que Manny se sonrojaba, pero yo sabía que la cara se le había llenado de granos que le daban un tono rojizo y que el resto era la cicatriz.

–Está claro que viene uno. –Papá restregó la mano contra el lateral de la camioneta.

Manny arqueó las cejas y señaló a papá con el pulgar. Lanzó el balón. Randall lo cogió y lo retuvo.

–Ni siquiera hay una depresión tropical todavía –le dijo Randall a papá–, y tú ya has puesto a Junior a jugar a los bolos con las botellas de aguardiente.

Randall tenía razón. Papá solía llenar varias garrafas de agua. Las conservas eran el único tipo de comestibles que papá sabía cocinar, así que nunca nos faltaban salchichas vienesas ni carne enlatada. Comíamos ramen a diario: si hacíamos los fideos caldosos, echábamos salchichas y colábamos el jugo para que supiesen a pasta bien condimentada; secos, sabían a galletitas saladas. La última vez que una gran tormenta nos dio de frente, mamá vivía; cuando pasó la tormenta, asó a la parrilla toda la carne que quedaba en el congelador para que no se echase a perder, y Skeetah comió tantas salchichas picantes que se puso malo. Randall y yo nos habíamos peleado por la última chuleta de cerdo, y mamá nos había separado mientras papá se reía y decía: «Sabe defenderse sola. Te dije que iba a ser una canija peleona..., ha salido clavadita a ti».

–Este año es distinto –dijo papá sentándose en el culo del maletero. Por un momento pareció que no estaba borracho–. Las noticias tienen razón: todas las semanas, una tormenta nueva. Jamás ha habido tantas.

Manny volvió a lanzar y Randall fue a por el balón.

–Hacen que me duelan los huesos –dijo papá–. Noto que se acercan.

Me recogí el pelo en una coleta. Era mi única cosa buena, mi rareza, como un dóberman que sale blanco: tirabuzones negros, lacios cuando se mojaban pero densos como puñados de cuerda deshilachada una vez secos. Mamá me dejaba corretear por ahí

con el pelo suelto, decía que era un rasgo que venía de antiguo, y que ya que lo tenía, lo mejor que podía hacer era disfrutarlo. Pero yo me miraba al espejo y sabía que el resto no era tan excepcional: nariz ancha, piel oscura, el cuerpo delgado y bajito de mamá pero con curvas plegadas que me daban un aspecto anguloso. Me cambié de camiseta y escuché lo que decían. Las paredes, finas, sin aislar y desconchándose por las juntas, me hacían sentir como si Manny pudiese verme cuando ni siquiera había puesto un pie fuera todavía. La profesora de Lengua del instituto, la señorita Dedeaux, nos manda deberes de lectura todos los veranos. Al acabar noveno, leímos *Mientras agonizo*, y saqué un sobresaliente porque respondí bien a la pregunta más difícil: «¿Por qué piensa el muchacho que su madre es un pez?». Este verano, el que sigue al décimo curso, estamos leyendo *Mitología*, de Edith Hamilton. El capítulo que terminé de leer anteaayer se llama «Ocho breves historias de enamorados», y llega hasta la historia de Jasón y los argonautas. Me pregunté si Medea se sentiría así antes de salir por primera vez al encuentro de Jasón, como atravesada por un viento fuerte que la hacía temblar. Los insectos que cantaban mientras pululaban por el patio de tierra roja, el balón que botaba, los blues de papá desde la radio de su camioneta: todos me pedían que saliera por la puerta.

*China* oculta la cara entre las patas y sube la punta del rabo antes de dar el último empujón para que salga el primer cachorro. Parece como si quisiera hacer el pino, y aunque me entran ganas de reír, no me río. Le sale sangre, y Skeetah se agacha aún más para ayudarla. *China* da un cabezazo, y los ojos se le abren de golpe a la vez que los dientes.

—¡Cuidado!—dice Randall. Skeetah la ha sobresaltado. Le pone las manos encima y *China* se levanta. Una vez fui con mamá a la iglesia metodista de papá, a pesar de que ella nos crió como católicos, y así es como se mueve *China*; como si la hubiera poseído el espíritu, como si fuese la voz más sagrada la que recorre su interior y no la de Skeetah. Me pregunto si tendrá la sensación de que una mano gigante agarra su cuerpo y la exprime hasta vaciarla.

—¡Ya lo veo!—chilla Junior.

El primer cachorro es grande. Abre a *China* y sale deslizándose por un torrente de limo rosa. Skeetah lo atrapa, lo pone sobre una pila de toallas andrajosas que ha preparado. Lo limpia.

—Naranja, como su padre —dice Skeetah—. Este va a ser un matón.

El cachorro es casi naranja. En realidad tiene el color de la tierra roja cuando alguien la excava para sembrar un campo, sacar piedras o enterrar un cuerpo. Es rojo Misisipi. El padre tenía ese mismo color: era corto y parecía un gran músculo rojo. De tanto pelear se le había formado una capa de úlceras costrosas de piel y carne. Cuando *China* y él se aparearon, la sangre les caía por las mandíbulas, por el pelaje de *China*, y en vez de amarse parecía que luchaban. La piel de *China* se riza como el agua con el viento. El segundo cachorro saca medio cuerpo con las patas por delante y se queda colgando.

—Skeet —dice Junior con voz chillona. Tiene un ojo y la nariz apretados contra la pierna de Randall, a la que está abrazado. Parece muy oscuro y muy pequeño, y la penumbra de la noche me impide distinguir de qué color es su ropa.

Skeetah coge el cachorro por detrás, y su mano le cubre el tronco entero. Tira. *China* gruñe, y el cachorro se desliza sin trabas. Es rosa. Cuando Skeetah lo tiende sobre la esterilla y lo limpia, es blanco con diminutas manchas negras, como semillas de sandía escupidas sobre el pelaje. La lengua le asoma a través de la minúscula raja que es su boca, y se parece a los perros de los dibujos animados. Está muerto. Skeetah suelta la toalla y el cachorro rueda, tieso como un bolo, por la guata, para terminar apoyándose suavemente contra el cachorro rojo, que mueve las patas con pequeñas convulsiones, como parpadeos.

—Mierda, *China*. —Skeetah respira. Viene una cachorra. Esta se desliza de cabeza con lentitud; una saltadora solitaria y vacilante. Big Henry, uno de los amigos de Randall, se zambulle de esta manera en el agua del río siempre que vamos a nadar: pesada y cautelosamente, como si temiese que su enorme cuerpo, con sus volutas de músculo y grasa, le pudiese hacer daño al agua. Y cada vez que Big Henry se zambulle, los demás chicos se ríen de él. Manny es siempre quien más grita: sus dientes, cuchillos blancos; su rostro, rojo dorado. La cachorra aterriza en el hueco

que forman las palmas de las manos de Skeetah. Es una labor de patchwork blanca y marrón. Se está moviendo, cabecea a imitación de su madre. Skeetah limpia a la cachorra. Se arrodilla detrás de *China*, que gruñe. Que suelta un gáñido. Que se parte.

A pesar de que la camioneta de papá estaba aparcada justo enfrente de la puerta de entrada y de que Junior me dio en la pantorrilla con una garrafa de aguardiente, lo primero que hice fue mirar a Manny. Tenía el balón cogido como un huevo, con la punta de los dedos, como dice Randall que hacen los buenos. Manny era capaz de driblar hasta sobre piedras. Le había visto en la arena pedregosa que hay en un rincón de la cancha de baloncesto del parque; él y Randall, driblando y defendiendo, driblando y defendiendo. Las piedras hacían que el balón rebotase entre sus piernas como una pelota de pádel, impredecible y enloquecido, pero eran tan buenos que casi siempre lo cogían y volvían a driblar. Preferían caerse a que el balón se les escapase, preferían zambullirse y cortarse con conchas y piedrecitas grises. Manny cogía el balón con la misma ternura con que habría cogido a un cachorro de pitbull con pedigrí. Yo quería que me tocara de esa manera.

–Eh, Manny. –Me salió un chillido asmático. Sentí calor en el cuello, más calor que el que hacía aquel día. Manny me saludó con la cabeza, hizo rotar el balón sobre su dedo índice.

–¿Qué tal?

–Ya era hora –dijo papá–. Ayuda a tu hermano con las botellas esas.

–No quepo debajo de la casa. –Me tragué las palabras.

–No quiero que las cojas. Quiero que las enjuagues. –Sacó una sierra, amarrada por la falta de uso, de la plataforma de su camioneta–. Sé que tenemos contrachapado por algún sitio.

Cogí dos de las garrafas que tenía más cerca y las llevé al grifo. Abrí la llave, y el borbotón de agua que salió del caño parecía agua hirviendo. En el interior de una de las garrafas había una costra de barro, así que dejé correr el agua por la parte superior. Cuando el agua empezó a borbollar por los bordes, las agité para aclararlas. Manny y Randall se silbaban el uno al otro, jugaban al balón, y llegaron dos más: Big Henry y Marquise. Me sorprendió

que todos ellos viniesen de otros lugares, que ni siquiera uno o dos hubiesen salido con Skeetah del cobertizo o de los restos incompletos de la casa medio podrida de mamá Lizbeth, que es la única otra casa que hay en el claro y que en sus orígenes perteneció a la madre de mi madre. Los chicos siempre encontraban lugares donde dormir cuando estaban demasiado borrachos o colocados o cuando les daba pereza ir a casa. Los asientos traseros de coches para el desguace, la vieja caravana que papá le compró a precio de ganga a un hombre en una gasolinera de Germaine y que solo funcionó hasta que la metió en la entrada de casa, el porche delantero que mamá hizo forrar a papá con tela mosquitera cuando éramos pequeños. A papá no le importaba, y con el tiempo el Hoyo nos llegó a parecer extraño cuando ellos no estaban, tan vacío como la pecera que vi una vez en la salita de Big Henry, sin agua ni peces pero llena de rocas y falsos corales.

—¿Qué pasa, primo? —preguntó Marquise.

—Me preguntaba dónde estaríais. El Hoyo estaba como vacío —dijo Randall.

El agua de la garrafa que tenía entre las manos se estaba volviendo rosa. Me mecía al compás del vaivén del agua; intentaba no mirar a Manny, pero le miré. Él a mí no; le estaba estrechando la mano a Marquise, tragándose con sus dedos anchos y romos la mano flacucha y marrón de Marquise hasta casi hacerla desaparecer. Dejé la garrafa limpia en el suelo, cogí la siguiente, comencé de nuevo. El pelo me tapaba el cuello como las mantas de ganchillo que hacía mi madre, aquellas mantas que seguíamos amontonando en invierno para no enfriarnos y bajo las cuales nos despertábamos cada mañana, sudando. A mis pies cayó un bote de lavavajillas y me salpicó de barro las pantorrillas.

—Como los chorros del oro —dijo papá mientras se alejaba, martillo en mano, con gesto airado. El jabón me dejaba las manos escurridizas. El barro estaba cubierto de espuma. Junior dejó de buscar botellas y se sentó a mi lado a jugar con las pompas.

—Si Manny ha venido tan pronto, es solo porque intenta huir de Shaliyah. —Marquise robó el balón. Aunque tenía menos cuerpo que Skeetah, era casi tan rápido como él, y dribló hasta llegar al maltrecho aro. Big Henry le guiñó un ojo a Manny y se rio. La cara de Manny estaba serena y tan solo hablaba su cuerpo:

sus músculos charloteaban como gallinas. Cubrió a Marquise, bloqueándole el paso a la meta, y Randall se puso a dar palmadas en el borde de la cancha de tierra batida, a la espera de que Manny le quitase el balón y se lo pasara. Big Henry le empujó con el hombro, defendiendo. Era casi tan alto como Randall pero mucho más ancho, grácil y ligero como una peonza. Ahora sí que era un partido de verdad.

La garrafa que estaba agitando se rompió y sonó como el repiqueteo de la calderilla en un puño holgado. Se hizo añicos, y los cristales me resbalaron por las palmas de las manos. Solté lo que quedaba.

—¡Quita, Junior! —dije. Mis manos, que hacía un instante eran de color rosa, estaban rojas. Sobre todo la izquierda—. ¡Estoy sangrando! —dije entre dientes. No grité; quería que Manny me viese, pero no como una chica débil, no como una chica que daba pena. No como una cosa digna de lástima, incapaz de aguantar el dolor como los chicos. Randall atrapó el rebote de Manny y se acercó cuando me estaba arrodillando, mi mano izquierda bajo el grifo y un lazo de color rojo directo al barro que había a mis pies. Lanzó el balón hacia atrás. El corte tenía el tamaño de una moneda de veinticinco centavos, y sangraba sin parar.

—Déjame ver. —Apretó alrededor de la herida y salió sangre. Me entraron ganas de vomitar—. Tienes que seguir apretando hasta que deje de sangrar. —Puso mi dedo pulgar, que había estado taponando el cuello de la garrafa, sobre el corte—. Aprieta tú —dijo—. Tengo las manos demasiado sucias. Hasta que te deje de doler. —Era lo que siempre nos decía mamá cuando acudíamos corriendo a ella con un corte o un arañazo. Apretaba y soplaba en la herida después de echarle alcohol, y para cuando terminaba de soplar ya no dolía. «Ya está. ¿Lo ves? Como si no hubiera pasado nada.»

Manny y Marquise se lanzaban el balón tan deprisa que sonaba igual que un redoble de tambor acelerado. Manny echó un vistazo a Randall, que seguía arrodillado junto a mí; su cara estaba aún más roja de lo habitual, pero al momento empezó a sisear como hace siempre que juega al baloncesto y supe que no estaba preocupado, sino acalorado. «Tienes que apretar... hasta que te deje de doler.» El estómago se me encogió. Randall presionó una

vez más y se levantó, y la imagen de mamá que había visto en su boca cuando me decía que apretase había desaparecido. Manny apartó la mirada.

El siguiente cachorro de *China* es blanco y negro. El blanco le rodea el cuello antes de trazar una curva que parte de su cabeza y le cruza el hombro. El resto es negro. Se sacude y lloriquea cuando Skeetah lo tiende sobre la manta, limpio. Es un llanto fuerte, se impone sobre los grillos; el cachorro es el indio danzón más escandaloso del carnaval<sup>2</sup>, recorre las calles horadadas de la ciudad hundida gritando y bailando con su tocado blanco. Quiero que sea mío porque sale de *China* salmodiando y cantando como los indios de Nueva Orleans, como los indios a los que debo mi pelo, pero dudo que Skeetah me lo dé. Vale demasiado dinero. Es de buen linaje. *China* es famosa entre los pitbulls de Bois Sauvage porque cuando se enzarza con los perros los convierte en chuchos. Arranca tendones de los cuellos. El padre, el perro de Germaine, que está a varios pueblos de distancia, es igual de fiero. Rico, su dueño y primo de Manny, saca tanto dinero de las peleas que solo trabaja media jornada como mecánico en un taller de cambio de aceite, y el resto del tiempo lo dedica a llevar al perro en su camioneta a las peleas ilegales que se celebran en lo más profundo del bosque.

—Ojalá fuera negro del todo —dice Skeetah.

—A mí no me importa —respondo a Skeetah, a todos, a los perros que se van multiplicando por el cobertizo, pero nadie me oye, porque me tapa *China*. Aúlla. Suena como yo cuando me suelto de la cuerda que cuelga de ese árbol tan alto que da al río Lobo: aterrorizada y eufórica. Sus orejas recortadas se enroscan hacia delante. La cachorra sale deslizándose. Parece amarilla con rayas negras, pero cuando Skeetah la limpia el negro se esfuma.

—De noche, la sangre parece negra —dice Randall.

La cachorra es de un blanco inmaculado. Es su madre en miniatura. Pero mientras su madre gime, ella guarda silencio. Skee-

<sup>2</sup> Los indios del Mardi Gras son varones afroamericanos que, vestidos como los nativos americanos y acompañados a veces de mujeres y niños, celebran un espectáculo paralelo al del carnaval oficial. (*N. de la T.*)

tah se inclina sobre ella. Los demás cachorros abren las mandíbulas, sacuden las patas. Estamos todos tan sudorosos que parece que acabamos de entrar corriendo en el cobertizo huyendo de un chaparrón de verano. Pero Skeet está moviendo la cabeza, y no sé si es solo sudor o si está llorando. Parpadea. Rasca con el índice el cráneo blanco inmaculado, baja por el pecho de la cachorra y por su barriga. La cachorra abre la boca y se le hincha la barriga. Es digna hija de su madre. Es una luchadora. Respira.

Me até a la mano una tira de un trapo viejo y seguí lavando hasta que todas las garrafas de cristal quedaron alineadas contra la pared de la cocina. Junior se había ido corriendo al bosque que rodea la casa tras anunciar que se iba a cazar armadillos. Los chicos habían terminado de jugar al baloncesto; Big Henry metió el viejo Caprice que su madre le había comprado al cumplir los dieciséis en el terreno contiguo a casa, después de beber del grifo, mojarse la cabeza y sacudirla como un perro mojado para hacerme reír. Randall y Manny discutían por el partido. Marquise estaba tumbado sobre el capó a la sombra de los robles, fumándose un purito. A Big Henry solamente le funcionan dos altavoces pequeños, porque fundió el amplificador y los graves, así que se oía más su conversación que la música. Cogí la garrafa que había roto y dejé los fragmentos en una vieja mitad de una tapa de cubo de basura. Me arrodillé y recorrí el suelo con la mirada en busca de cristales; pensaba que quizá podría encontrar la pieza que me había cortado. Cuando terminé, fui a la parte de atrás de la parcela, al bosque. Mis ojos deseaban tanto buscar a Manny que sentía las ganas como una comezón en la sien, pero seguí caminando.

La madre de mi madre, mamá Lizbeth, y su padre, papá Joseph, fueron los primeros propietarios de toda esta tierra: unas seis hectáreas en total. Fue papá Joseph quien puso el apodo del Hoyo a todo esto, papá Joseph quien permitió a los blancos con los que trabajaba que extrajesen la arcilla que después utilizaban para echar los cimientos de las casas, papá Joseph quien les dejó excavar en la ladera de una colina que había en un claro cercano a la parte de atrás del terreno en el que sembraba maíz para pienso. Papá Joseph les dejó coger toda la tierra que quisieron hasta



que sus excavaciones formaron un risco sobre un lago seco al fondo del terreno; y el riachuelo que había bajado por la colina se desvió y se acumuló en el lago seco convirtiéndolo en un estanque, y entonces papá Joseph pensó que la tierra cedería bajo el agua, que el estanque se extendería y engulliría el terreno y lo convertiría en una ciénaga, así que dejó de vender tierra por dinero. Murió al poco tiempo de cáncer de boca, o al menos eso es lo que nos contaba mamá Lizbeth cuando éramos pequeños. Mamá Lizbeth siempre nos hablaba como si fuéramos adultos, nos ponía pingando como si fuéramos adultos. Murió mientras dormía después de rezar el rosario, a los setenta y pico años, y dos años después mamá, el único hijo que seguía vivo de los ocho que había parido mamá Lizbeth murió dando a luz a Junior. Como ahora solamente estamos aquí nosotros y papá, además de *China*, de las gallinas y de un cerdo cuando papá se lo puede permitir, los campos que sembraba papá Joseph alrededor del Hoyo se han cubierto de matas, de palmitos, de pinos tiesos como las cerdas de un cepillo.

Solemos tirar la basura a una zanja poco profunda que hay al lado del hoyo, y la quemamos. Cuando las pinochas de los árboles de alrededor caen dentro y prenden, huele bastante bien. Si no, huele a plástico quemado. Tiré el cristal a la zanja, donde empezó a centellear como estrellas encima de los restos negros. El agua del hoyo estaba baja; llevábamos semanas sin que nos cayese una buena tormenta. El aguacero que necesitábamos estaba allá en el Golfo, sostenido como un niño cansado y hambriento por la tormenta que se estaba formando. Cuando llueve bien en verano, el hoyo se llena hasta la linde y nadamos en él. El agua, que normalmente era rosa, se había vuelto de un rojo denso, amarronado. El color de una costra. Me di media vuelta para marcharme y vi oro. Manny.

–El tiempo ha estado muy seco –dijo. Se detuvo a mi lado, a poca distancia. Hubiera podido arañarle con las uñas–. Aquí no se puede nadar, Esch.

Asentí con la cabeza. Ahora que me hablaba, no sabía qué decirle.

–Aunque si tu padre tiene razón, pronto caerá –dijo.

Me di unos golpecitos en la pierna con la tapa del cubo de

basura, olvidando la tierra que estaba pegada en un lado. Se esparció y cayó como polvo. Quería callarme, pero como no podía pensar en otra cosa, hablé.

—¿Por qué no estás allí?

Miré sus pies. Sus Jordan, en otro tiempo blancas, habían cogido el color de los polos de naranja.

—¿Con ellos?

—Sí. —Eché un vistazo a su cara, al sudor que parecía un glaseado. Mis labios estaban abiertos. Otra Esch distinta le habría quitado el sudor a lametones, y habría sabido a sal. Pero esta chica no se inclinaba hacia delante, no sonreía ni le chupaba el cuello. Esta chica esperaba porque no era como las mujeres del libro de mitología, aquellas mujeres que me incitaban a seguir pasando páginas: las ninfas embaucadoras, las diosas despiadadas, las madres que arrancan el mundo de raíz. Io, que hizo arder de amor el corazón de un dios; Artemisa, que convirtió a un hombre en ciervo y ordenó a sus perros que lo desgarrasen hasta separar el cartílago del hueso; Deméter, que detuvo el tiempo cuando raptaron a su hija.

—Porque yo no fumo hierba —dijo Manny, y su zapato se acercó al mío—. Ya sabes que lo he dejado. —Sus pies estaban delante de los míos, y de pronto, alto como era, estaba bloqueando el paso del sol—. Lo que yo hago ya lo sabes tú. —Me estaba mirando de verdad, con descaro, por vez primera aquel día. Sonrió. Su rostro tenía señales rojas de las quemaduras del sol, y también hoyuelos, marcas de viruela y destellos de las cicatrices de un accidente que tuvo a los diecisiete años cuando, borracho y colocado, iba campo a través en coche con sus primos, a medianoche, y viraron bruscamente para atropellar a un ciervo; al salir disparado por la ventanilla, cayó sobre cristales y asfalto pedregoso y se raspó, y la carretera le marcó quemándole, le rompió por algunas partes. Él era el sol.

Manny me tocó primero lo que siempre me tocaba: el culo. Agarró y tiró, y mis pantalones cortos se deslizaron hacia abajo. Sus dedos me tiraban de las bragas, sus antebrazos se frotaban contra mi cintura, y el roce de su piel quemaba como una lengua. Jamás me había besado de otra manera: siempre con su cuerpo, nunca con la boca. Las bragas se deslizaron por mis piernas. Me

pelaba la ropa como si fuera la piel de una naranja; quería a la otra Esch. Quería el corazón carnoso y en sazón. El corazón pringoso que los chicos veían a través de mi cuerpo de chico, de mi piel oscura, de mi rostro feúcho. El corazón de chica que, antes de Manny, había entregado a los chicos porque ellos lo querían, no porque yo quisiera darlo. Se lo había entregado porque, por un instante, yo era Psique, Eurídice o Dafne. Era amada. Pero con Manny era distinto; a pesar de ser tan bello, me escogía a mí una y otra vez. Él quería mi corazón de chica; yo le daba los dos. Los pinos empezaron a girar como en el corro de la patata, y me caí. «Será rápido», pensé. «Hundirá la cara en mi pelo. Gruñirá cuando se corra.» Hinqué los talones en sus muslos, por detrás. Aunque conocía a los demás chicos, su cuerpo y él eran a los que mejor conocía: él, al que más amaba. Se lo demostré con mis caderas. Mi pelo, mi almohada en la tierra roja. Me dolían los pechos. Quería que se inclinase, que me tocara por todas partes. No lo hacía, pero sus caderas sí. *China* soltaba ladridos, agudos como cuchillos. Yo era valiente como una griega; le estaba haciendo arder de amor, y Manny me estaba amando.

*China* está lamiendo a los cachorros. Jamás la he visto tan mansa. No sé qué suponía yo que iba a hacer cuando los tuviese: sentarse encima de ellos y asfixiarlos, tal vez. Morderlos. Convertir sus cráneos en trocitos de hueso y sangre. Pero no. Se planta junto a ellos, ella a un lado y Skeetah al otro como un par de padres orgullosos, y lame.

—Aún no ha terminado —dice papá desde la plataforma de su camioneta—. La placenta. —Vuelve a perderse en la oscuridad, y a su paso se oyen rodar por el suelo las botellas que limpié.

Es como si *China* hubiese oído a papá. Recula hasta una esquina, se apretuja entre una pila de bloques de hormigón y lo que creo que es un motor de coche casi entero. No hace el menor ruido, solo enseña los dientes. Gesticula. Skeetah no se le acerca. *China* no quiere compartir esto; él no la va a obligar. El hocico de *China* tiene un brillo rosa y amarillo de lo que les ha lamido a los cachorros. Se oye un sonido húmedo tras ella, y se da la vuelta deprisa, chorreando aún un hilillo de moco, para comerse lo que ha caído. Me agacho y miro entre las piernas de Skeet. Ahí, en

la esquina, parece morado oscuro, casi negro; a *China* le basta con sacudir una sola vez la cabeza para hacer desaparecer el brillante amasijo. Me ha recordado el interior del último cerdo que tuvo papá, que mató y vació en una bañera antes de obligarnos a limpiar los intestinos para hacer gallinejas: tanto apestaba que Randall vomitó.

—No sé quién me dijo que siempre se comen la placenta —dice Randall. *China* pasa por delante de Skeetah, le lame el meñique. Es un beso, un pico. Se detiene ante la toalla sucia que envuelve a sus cachorros.

—Mira —digo.

Algo se mueve donde *China* ha soltado, donde ha comido. Skeetah se acerca a gatas y lo coge.

—Un canijo —dice. Lo acerca a la luz.

Es pinto. Unas rayas negras y marrones le recorren las costillas como a las cebras. Es la mitad que sus hermanos y hermanas. Skeetah cierra el puño, y desaparece.

—Está vivo —dice. Hay gozo en su rostro. Se alegra de tener otro cachorro; si vive, puede que obtenga doscientos dólares por él, aunque sea el canijo. Abre la mano y el cachorro aparece como el corazón de una flor, quieto como el estigma. La boca de Skeetah dibuja una línea recta; baja las cejas. Lo deja en el suelo—. Total, lo más probable es que muera.

*China* no se tumba como una madre flamante. No amamanta. Lame al cachorro grande y rojo y después se olvida de él. Nos está mirando sin hacer caso de Skeetah. Se le encrespa el pelo, furiosa con los que estamos en la puerta. Skeetah la agarra del collar, intenta calmarla, pero está rígida. Junior se encarama a la espalda de Randall. Pienso en abrazar a Skeetah antes de marcharme, pero *China* tiene la mirada torva y me limito a sonreírle. No sé si él me verá en la oscuridad. Ha hecho un buen trabajo. Solo ha muerto un cachorro, y eso que es la primera vez que *China* da a luz. *China* araña el suelo de tierra del cobertizo como si fuese a cavar un agujero para enterrar a los cachorros y no verlos más. Entre las ruinas del terreno cubierto de desperdicios, papá está golpeando algún objeto de metal. Nos vamos. Skeetah vuelve a correr la cortina cuando salimos, dejándola bien tirante frente a la noche tranquila y clara. El cobertizo queda a oscuras.

Le digo a Junior que se bañe nada más entrar en casa pero no me hace caso, y hasta que Randall no abre el grifo y se lo lleva a la bañera, no se lava. Randall se queda en la puerta mirando a Junior porque está convencido de que cuando Junior la cierra se sienta en el borde de la bañera, pataleando en el agua. Detesta bañarse. Yo soy la última en ducharse, y el agua, a pesar de que solo he abierto el grifo de la fría, está tibia. Agosto es siempre el mes de más calor, ese calor que penetra tanto en la tierra que hierve el agua de los pozos. Cuando me voy a la cama, Junior ya se ha dormido. Se oye el zumbido del ventilador de la ventana. Me tiendo boca arriba y noto mareo, confusión, náusea. Hoy solo he comido una vez. Veo a Manny encima de mí, su cara lamiendo la mía, el calor de su sudor, nuestras cinturas encontrándose. Esa manera suya de verme con su cuerpo. De amarme como ama Jasón. Junior suelta un ronquido de bebé, y yo me adormilo con la respiración de Manny en el cerebro.